

Se sabe ahora qué vocación fué esa y cómo la cumplió. Había nacido para reinar por facultades muy positivas, aunque Montesquieu, en una hora de despecho, las haya llamado el *yo no sé qué*, en vez de definir lo que son. Por ellas dominó su época. Como diría el príncipe de Ligne, «fué Rey por la gracia de la gracia», pero con la condición, que pesa sobre cuantos anhelan influencia, de aceptar los prejuicios y aún, hasta cierto punto, los vicios de su tiempo. Confesión triste de hacer para los castos amigos de la verdad en todas las cosas: si su gracia hubiese sido más sincera, no hubiese sido tan poderosa, no hubiese seducido y cautivado á una sociedad sin naturalidad. ¿A qué grado de civilización refinada y de secreta corrupción no ha debido llegar, en efec-

to, la sociedad inglesa, para que sea exacta y profunda esta frase, dicha á propósito de un dandí como Brunmell: *Desagradaba demasiado generalmente para no ser buscado?* (1). ¿No se ve aquí la comezón que experimentan á veces las mujeres enérgicas y libertinas de que las pegen? ¿Por ventura, la gracia sencilla, candorosa, espontánea, sería estimulante bastante poderoso para remover esa sociedad exhausta de sensaciones y agarrutada por preocupaciones de todas clases? Si uno se conservase tal cual es en semejante medio, ¿qué sería? Un sér apenas notado por algunas almas escogidas que se hubiesen conservado á su vez sanas y grandes (2): público ¡ay! muy inseguro.

(1) Bulwer en *Pelham*.—(N. del A.)

(2) Como esa misa Cornell, por ejemplo, la actriz que Stendhal ha alabado tanto. Pero para descubrir la sencilla grandeza de aquel alma, rara como un diamante negro en Londres, se necesitaba un Stendhal, es decir, un hombre positivo espiritualmente hasta el maquiavelismo, pero que amaba la naturalidad como ciertos Emperadores romanos lo imposible.—(N. del A.)

ro. Pero somos vanidosos, queremos la aprobación de los demás: movimiento encantador del corazón humano, calumniado en demasía. He ahí quizá toda la explicación de las afectaciones del dandismo. No sería, pues, éste en definitiva, sino la gracia falseándose para hacerse sentir mejor en una sociedad falsa (1), es decir, si bien se mira, no sería más que al natural harto violentado ciertamente, pero imperecedero.

Se ha dicho al comienzo de este escrito: el día en que se transforme la sociedad que produjo el dandismo, el dandismo habrá dejado de existir; y como ya, á pesar de ese apego á sus

(1) Y que carece del instinto de las bellas artes. Los nombres de Lawrence, de Romney y de Reynolds no sirven sino para nacer resaltar más esa indigencia. El pueblo romano no era artista, porque tuviese flautistas. En Inglaterra no existe el arte más que literariamente. Miguel Angel es Shakespeare. Como en ese original país todo es singular, el mejor escultor fué mujer, lady Hamilton, digna

añejas costumbres, que parece una fatal esclavitud, la aristocrática y protestante Inglaterra se ha modificado mucho desde hace veinte años el dandismo apenas es ya más que la tradición de un día. ¿Quién lo habría creído, ó mejor, quién no hubiera podido preverlo? Esa modificación se ha producido siguiendo una pendiente invariable. Inglaterra, victima de su vida histórica, después de haber dado un paso hacia el porvenir, vuelve á descansar en su pasado. Por mucho que se engolfe en el mar del tiempo jamás rompe del todo— como el *Cor-sario* de su más gran poeta—la cadena que la sujeta á la orilla. Para ella, que todo lo conserva, que todo lo

de ser italiana, y que esculpía en el mármol del más hermoso cuerpo que ha palpitado jamás. Estatuaria extraña, que era también la estatua, y cuyas obras maestras han muerto con ella, gloria vitalicia que no ha durado más que las palpitaciones de la vida y la ardiente emoción de algunos días. Es otra página que está por escribir; pero ¿dónde encontrar la pluma de Diderot para trazarla?—(N. del A.)

guarda, *marble to retain*, tienen los hábitos una influencia avasalladora, extraordinaria: la séptima piel de la serpiente se parece siempre á la primera que mudó. Un momento créese desvanecida la huella de lo que ya no existe: se escribe en ese palimpsesto, y basta una circunstancia para que lo que se creía borrado reaparezca legible, claro y brillante. Hoy el puritanismo, á que el dandismo hizo una guerra de Partho con las flechas de su ligera ironía—más bien huyendo de él que atacándolo de frente—es puritanismo se levanta y restaña sus heridas. Después de Byrón, después de Brummell—dos burlones de tan diversa especie, pero de influjo casi igual—¿quién no hubiese creído enterrada la antigua moral inglesa? Pues bien: no, no lo está. El inevitable, el inmortal *cant* ha vencido de nuevo. La adorable fantasía puede derramar en el vacío su sangre de esencia de rosas. Sucumbe bajo el peso de la naturaleza tenaz de ese pueblo afe-rrado á sus costumbres; sucumbe por la ausencia de esos grandes escritores

que electrizan las imaginaciones y les comunican todas las audacias (1); sucumbe, en fin bajo el influjo que ejerce en la alta sociedad una reina joven que posee la afectación del amor conyugal, como Isabel poseía la de la virginidad. ¿Qué mejores fuentes de hipocresía y de *spleen*? El metodismo, que había pasado de las costumbres á la política, vuelve á pasar, á la hora presente, de la política á las costumbres. Un poeta, un hombre de raza, que debe á su nacimiento el valor facilísimo de tener una opinión independiente, como podría esperar de su talento una verdadera inspiración, lord John Manners, ¿no acaba de publicar un tomo de poesías en honor de la Iglesia establecida de Inglaterra? El ateo Shelley no contaría ya siquiera con la seguridad del desierto. El liberalismo de ideas, que había brillado en ese país del fariseísmo altanero y del convencionalismo helado y engañoso, como un rayo de

---

(1) No es completa esa ausencia de escritores, puesto que existe Th. Carlyle; pero ¡qué lástima que prefiera frecuentemente el éter sedativo del espiritualismo alemán á ese cabial excitante que gusta á los ingleses y producen sensaciones tan francas!—(N. del A.)

la inteligencia de sus más grandes hombres, no ha lucido más que un momento fugaz, y la momia del sentimiento religioso, el formalismo, sigue reinando siempre en el fondo de su sepulcro blanqueado. De aquella bella sociedad, cuyo ídolo fué Brummell, porque era su expresión viva en las cosas del mundo, en las gratas y amenas relaciones de esa sociedad, no queda nada, toda ha muerto. Un dandí como Brummell no volverá á verse; pero hombres como él puede afirmarse que siempre los habrá aún en Inglaterra, cualquiera que sea la librea que el mundo les ponga. Atestiguan la magnífica variedad de la obra divina: son eternos como el capricho. La humanidad necesita de esos hombres y de sus atractivos tanto como de sus héroes más imponentes y de sus más austeras grandezas. Deparan á criaturas inteligentes el placer á que esas criaturas tienen derecho. Son un elemento de la felicidad de las sociedades, como lo son otros hombres de su moralidad. Naturalezas dobles y múltiples, de un sexo intelectual indeciso, en las cuales la gracia brilla más aún en el seno de la fuerza, y la fuerza se descubre todavía en el seno de la gracia: andróginos de la historia, no ya de la fábula, cuyo más hermoso tipo en la más hermosa de las naciones fué Alcibíades.

FIN

1

PC  
.B  
D  
19